

tas familias de no abandonar los medios en que viven, en la tendencia irremediable de muchas, á no salir de su sangre.

Por eso, si la especie es el conjunto de individuos más ó menos semejantes, pero que todos descienden, por una sucesión no interrumpida, de una sola pareja primitiva, la raza tiene que ser el conjunto de individuos semejantes, pertenecientes á una misma especie, que han recibido y transmiten, por vía de generación, los caracteres de una variedad primitiva.

Ya se ve como la fuerza de transmisión prueba y conserva la especie, y como la fuerza plástica prueba y conserva las razas.

La variedad de éstas, en modo alguno, destruye la unidad de la especie.

Alguien pudiera decir, que no repugna á la omnipotencia divina, haber creado en diversos lugares muchas parejas de la misma especie.

Nadie se atreverá á negar la posibilidad; pero de que así se haya realizado, es imposible producir prueba alguna.

“Tal afirmación tiene que ceder el paso, dice el P. Monsabré, á esa historia venerada durante más de cuarenta siglos por millones de hombres, con-

firmada por las tradiciones, por las ciencias naturales, por el estudio de las lenguas, por la geografía, y yo agrego, por el simple buen sentido.”

La especie humana es una sola: todos somos hermanos de una misma familia; la humanidad toda entera estaba en Adán.

De este gran principio depende el dogma de la Encarnación reparadora.

La humanidad, como se ha demostrado con la brevedad que reclama la índole de nuestra publicación, no ha tenido más que un solo origen; ha venido exclusivamente de Adán.

Del cuerpo de este primer hombre, se formó el de la mujer, y de esta única pareja, proviene la descendencia humana.

Pero ¿en qué estado se hallaba la humanidad de Adán?

El primer hombre, al salir de las manos de Dios, estaba dotado de la inocencia, de la justicia original y de la santidad.

“Este estado de inocencia y de justicia original supone, dice el P. Monsabré, con la integridad de la naturaleza un bien sobrenatural, un

destino enteramente gratuito y trascendente de la naturaleza á la visión intuitiva, á la posesión inmediata de Dios, y como medio de llegar á este fin, supone también una penetración íntima de la vida divina, que transforma al hombre y hace de él un hijo de Dios, adornado con los dones del Espíritu Santo, y de hábitos infusos que sus fuerzas nativas no pueden producir, capaz, por lo mismo, de ejecutar bajo la acción sobrenatural de la gracia, actos eminentes que le dan derecho á la herencia celeste."

En este estado feliz, fué creado el primer hombre, el único padre, la única fuente, de la raza humana.

Para los creyentes, esto es una verdad indiscutible.

"*Dios hizo al hombre recto,*" dice el libro del Eclesiástico, y por recto, en las frases de la Escritura, se significa el *justo*.

Por eso, en el libro del Cantar de los Cantares, se dice: "*los rectos te amarán:*" y en David, hallamos entre otras, estas dos frases: "*Dios salva á los rectos de corazón: alégrese los justos en el Señor, á los rectos conviene la alabanza.*"

Basta la palabra de Dios, para los que en ella

creen y de ella viven; basta esa voz, que es siempre divina, para que el principio enunciado tenga ante sus ojos los caracteres de una verdad indiscutible.

Los hombres más sabios del mundo, los padres de la Iglesia, han profesado, apoyándose en aquella palabra, la misma verdad consoladora.

"Hemos sido *creados*, por Dios, *buenos y rectos*, decía San Jerónimo, y si nos inclinamos á las cosas malas, es por vicio propio."

"En la ofensa de Adán, decía San Hilario, perdimos la generosidad de la *primera y feliz creación.*"

"Dios no quiso, decía San Agustín, que Adán *quedara sin gracia*, la cual dejó á su arbitrio."

"Fué *creado en la justificación*, dice en otro lugar, *conditum in salute.*"

"Dios *crió* al hombre, enseña San Juan Damasceno, *inocente, recto, probo*, adornado de todo género de virtudes, lo hizo otro ángel, lo hizo espíritu y carne, adorador mixto en estas dos sustancias, y lo hizo adorador, en espíritu, por la gracia."

Esta ha sido la enseñanza divina que ha ido atravesando las corrientes de la vida.

La Iglesia católica, divinamente inspirada, ha promulgado esta ley: "si alguno no confiesa, dijo el Concilio de Trento, que el primer hombre Adán, cuando quebrantó el precepto de Dios, en el paraíso, perdió al punto la santidad y justicia, en que había sido constituido, sea anatema."

Así es que, volvemos á repetirlo, para los creyentes la creación de Adán en justicia y santidad, que envuelve necesariamente, la sabiduría en el entendimiento, y todo género de virtudes en el corazón, es una verdad que está fuera de toda discusión posible.

La rectitud con que fué enriquecido el primer hombre, no fué sin duda, obra de la naturaleza, lo fué necesariamente de la gracia.

Esa rectitud consistía en que la razón humana estaba sujeta á Dios, las fuerzas inferiores estaban sujetas á la razón, y el cuerpo estaba sujeto al espíritu.

Esta triple sujeción, es lo que constituye la rectitud del hombre, es lo que constituye la santidad y la perfección.

Esta triple sujeción, volvemos á repetirlo, no es obra de la naturaleza.

La sujeción de las fuerzas interiores á la ra-

zón y la del cuerpo, al alma, son efecto de la sujeción de la razón á Dios.

La sujeción de las fuerzas inferiores á la razón, y del cuerpo, al alma, no son obra de la naturaleza, porque de otro modo, aun después de la culpa, se habrían mantenido.

El pecado es impotente para destruir los dones naturales.

Si, pues, estas dos sujeciones, no son obra de la naturaleza, tampoco lo es la primera.

Son, entonces, obra de un don sobrenatural.

Fué preciso, entonces, que la obra de la gracia se hubiera hecho sentir en Adán, para mantener esa triple sujeción.

Por otra parte, todo artífice, dota á su obra de los elementos que necesita para que alcance su fin.

Dios, en consecuencia, tuvo que dotar al hombre de lo que necesitaba, para alcanzar el fin con que fuera creado, y como el fin á que Dios destinara al hombre, era sobrenatural, es evidente que le dotó de un medio sobrenatural, como es la gracia.

Y si el primer hombre fué constituido en un estado de santidad y de perfección, fué también

enriquecido en su inteligencia con una ciencia admirable, cual ningún otro hombre ha podido alcanzar en la tierra.

El primer hombre fué creado no sólo para ser el principio de la descendencia humana por la generación corporal, lo fué también para serlo por la instrucción y el gobierno, y no sólo en el orden natural, sino en el sobrenatural á que había sido elevado.

Si Adán, al salir de las manos de Dios, tenía todos los elementos para ser por la generación el padre de toda la raza humana, debía también, para ser su gobernante y su maestro, estar dotado de una ciencia completa.

Adán tuvo, en consecuencia, la fe explícita de los misterios divinos, el conocimiento de todas las cosas terrenas y celestiales.

Por eso en el Libro de la Sabiduría se dice que Dios llenó á la primera pareja humana con tesoros de sabiduría; que llenó su espíritu de ciencia y depositó en sus corazones la discreción y el buen sentido.

Una frase del Génesis revela también la sabiduría de Adán.

Cuando el Señor lo llevó al Paraíso, trajo á

su presencia á todos los animales y Adán dió á cada uno de ellos el nombre adecuado, el nombre que les convenía.

Dar el nombre á una cosa es el signo que mejor revela la profundidad de la ciencia.

El nombre adecuado es, si cabe la frase, la traducción en lenguaje humano, de la naturaleza y propiedades del ser que lo recibe.

Esta es la teoría verdadera, esta es la teoría noble y consoladora, que la humanidad ha guardado siempre con veneración y respeto.

Ha habido filósofos y los hay todavía que, profesando abyectas doctrinas, hacen salir al hombre del animal, después de haber hecho salir al animal de las entrañas de la tierra.

Otros hay, filósofos incrédulos también, que dan por primer padre del género humano al salvaje ignorante y grosero, tal como se le ve hoy en los países en que no luce todavía el sol esplendente de la civilización.

“Observadores aturdidos, dice el P. Monsabré, que no ven en el salvaje los signos acusadores de una degradación, y que toman por aurora el triste crepúsculo de una inteligencia próxima á extinguirse.”

Hay otra escuela espiritualista que, despreciando la enseñanza católica y las luces que ella difunde sobre la historia, no teniendo en cuenta más que las miserias, las luchas y las transformaciones de nuestro estado actual, se esfuerza por establecer entre la vida de la humanidad y la vida de los individuos un paralelismo sistemático.

Esa escuela imagina, en el origen de nuestra historia, un cierto estado de ignorancia, punto de partida de todos los progresos del espíritu humano.

Es lo que ellos llaman la espontaneidad, precediendo á la reflexión; la ignorancia disipándose, á medida que las primeras generaciones se alejan de su fin.

No ha sido este el sentimiento de la humanidad ilustrada en el curso de los siglos. Confucio, Platón, Aristóteles, Cicerón, todos los genios más elevados del mundo pagano, han celebrado, con voz unánime, la sabiduría de sus padres.

Ellos se gloriaban, más bien que de ser novadores, de ser los que habían venido á restaurar la sabiduría antigua.

Ellos han invocado siempre el testimonio de sus antepasados, en apoyo de lo que han dicho de

más sublime sobre Dios y sobre las verdades religiosas.

¿Y no sería absurdo, en hombres tan eminentes, esta veneración, este respeto profundo por la antigüedad, si no hubieran estado convencidos de que las primeras edades fueron más ilustres por la ciencia de las cosas divinas?

Lucano, en su Farsalia, nos describe al hombre primitivo, enseñado por Dios mismo:

.... *Divitque simul nascentibus auctor*
Quid quid scire licet....

Esa escuela que pone la cuna del mundo en una infancia ignorante y salvaje, confiesa, sin embargo, por la boca de uno de sus más célebres representantes, que todas las tradiciones antiguas remontan á una edad en que el hombre, al salir de las manos de Dios, recibió de él inmediatamente todas las luces y todas las verdades, bien pronto ofuscadas y corrompidas por el tiempo y por la ciencia incompleta de los hombres.

La edad de oro, el Edén, es lo que la poesía y la religión ponen al principio de la historia.

Renan, haciendo constar con los alemanes la universalidad de la tradición respecto del Edén,

hace esta preciosa confesión: "Es preciso, dice, que tales analogías descansen sobre algún razgo general de la condición de la humanidad ó sobre alguno de sus más profundos instintos."

No tenemos, entonces, el derecho de sacrificar las tradiciones á los sistemas, sobre todo cuando esas tradiciones vienen á confirmar una historia que ha demostrado la ciencia.

Adán fué creado en justicia y en santidad,

Su alma, penetrada de una virtud milagrosa, se apodera de los elementos corruptibles de la materia y corrige su tendencia nativa á la dispersión. Sin estar emancipado de las necesidades de la naturaleza, nunca sufre su esclavitud humillante.

Dueño de su cuerpo, que nutre con el fruto del árbol de la vida, aguarda en paz la perpetua renovación de sus días.

Su vida es una contemplación permanente: su inteligencia, desprendida de los sentidos, prontamente se eleva de lo pasajero á lo eterno, de lo móvil á lo inmutable, de lo limitado á lo infinito.

La ciencia se apodera, de un golpe, de su inteligencia, sin que esté condenado á las lentitudes del estudio y de la experiencia.

Por la vía rápida de la inspiración, y no por la labor del análisis, posee súbitamente la síntesis de los conocimientos humanos.

Perfecto en su inteligencia, no lo es menos en su voluntad, que sigue sin esfuerzo los consejos de la razón y dócilmente obedece los suaves impulsos de la gracia.

Sus relaciones con Dios y con las creaturas, están marcadas con el sello de su grandeza y de su inocencia.

"A la hora de la tarde, dice el P. Monsabré, en que la brisa tibia se embalsama con el perfume de las flores, Dios hace escuchar en las soledades del Edén su paso majestuoso y su voz augusta."

Adán le pregunta y Dios le ilumina, Adán le ruega y él le escucha, Adán le adora y él le bendice.

Adán llama á todos los animales, los acaricia y los despide.

Es el custodio del lugar delicioso en que corre su vida; allí trabaja, es el cooperador de Dios.

Adán y Eva serán padres de incontable descendencia, obedeciendo las leyes de multiplicación que Dios ha bendecido y consagrado.

De una extremidad á la otra del mundo los hom-

bres, hijos de un mismo padre, están unidos por la doble fraternidad de la felicidad y de la sangre.

Tales son los principios consoladores en que descansa el misterio de la Encarnación reparadora.

LA CAÍDA.

Adán fué creado, y no podía ser de otro modo, en estado de inocencia, de original justicia y de santidad.

Habría transmitido á su descendencia todo ese estado feliz en que plugo á la mano divina sacarlo del fondo de la nada, para hacerlo el origen y la fuente sin mancha de una raza privilegiada.

Adán y Eva estaban desnudos y no se avergonzaban.

La carne no tenía á sus ojos más que los atractivos de una casta belleza, con que Dios la había revestido.

Desconocían sus rebeliones y no sospechaban siquiera sus placeres criminales.

Todo para ellos era santo, y debían multiplicar la gracia al mismo tiempo que la vida.

La generación habría obedecido á las mismas leyes que hoy obedece, pero habría sido una generación casta y purísima.

Sus hijos habrían tenido las necesidades propias del que es pequeño, pero no habrían tenido las enfermedades del que es pasible y mortal.

No habrían tenido, desde la infancia, una ciencia perfecta, pero á su tiempo recibirían la plena luz de la sabiduría, y no tendrían que temer que el error se mezclase á las verdades prontamente adquiridas y que debían ser la propiedad de sus entendimientos.

Si no hubieran nacido impecables, habrían quedado desde el primer momento de su concepción inundados de la gracia divina y habrían sentido infaliblemente que se volvían hacia el bien los primeros movimientos de su corazón libre.

Estado tan feliz parece, al referirlo hoy, un sueño ó un delirio.

Y sin embargo, es una verdad, es la primera página de la historia de la vida humana.

¿Qué ha pasado, entonces?

¿Por qué la muerte va cosechando, una tras otra, todas las generaciones?

¿Por qué tantas miserias, tantas enfermedades y tantos dolores?

¿Por qué los errores asaltan y dominan la inteligencia?

¿Por qué las pasiones, sublevándose enfurecidas, trastornan y pierden el corazón?

¿Por qué tantos crímenes, que manchan la tierra y ofenden y lastiman al cielo?

La transmisión de la vida, de la santidad y de los privilegios de que Adán disfrutaba no habría sido gloriosa y llena de honor, si no hubiera dependido más que de las leyes fatales á que están sujetos los seres privados de entendimiento.

El hombre, al realizar la transmisión de la vida y de sus privilegios, debía poner en juego todas sus facultades, y, en consecuencia, el libre albedrío.

“He aquí porqué Dios, dice el P. Monsabré, después, de haber establecido la ley de la propagación, sometió á nuestro primer padre, y en su persona, á todo el género humano, á una prueba que debía fijar el curso de sus destinos.”

“Comerás, dijo Dios á Adán, del fruto de todos los árboles del Paraíso; pero del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, no conerás,

porque el día en que lo comas morirás de muerte.”

“Dos cosas, agrega el P. Monsabré, resaltan claramente en esta prohibición: la libertad del hombre y el dominio de Dios.”

“Resalta la libertad del hombre, porque si un momento antes de que se hiciera esa prohibición, no podía comprender hasta que punto era dueño de su destino, por qué no se movía más que al dulce impulso de la gracia que encaminaba su voluntad hacia el bien; en presencia del mal; toma conocimiento de ese poder y mide la altura que puede dar á su propia grandeza, por una cooperación reflexiva y deliberada.”

“Aparece, también, el dominio de Dios: para afirmar la dependencia del derecho que concediera á Adán, lo restringe por un sacrificio que el hombre queda obligado á realizar en aras del deber.”

“Este sacrificio es el que dará á la bondad divina, la señal de una efusión no interrumpida de sus dones, porque será la prueba de que el hombre reconoce todo lo que Dios es para él y que le ama sobre todo.”

“Revelar al hombre su poder, dice, por fin, el P.

Monsabré, obtener de él una prueba extraordinaria de su obediencia y de su amor, cimentar por esa prueba la unión íntima del Creador y de la creatura, hacer del hombre, revestido de la gloria del mérito, el obrero de su grandeza y de su felicidad, tal es el fin de la prueba impuesta á nuestro primer padre.”

Promulgada por Dios la ley que imponía á Adán un sacrificio, el espíritu del mal lo indujo á desobedecerla.

La historia de esta primera tentación y de esta primera caída, en la aterradora sobriedad con que está descrita en el más grande de los libros, conmueve todavía.

“La serpiente, dice el Génesis, era el más astuto de todos cuantos animales ha hecho el Señor Dios sobre la tierra.”

Y dijo á la mujer: “¿Por qué motivo os ha mandado Dios que no comiéseis de todos los árboles del Paraíso?”

A lo cual respondió la mujer: “Del fruto de los árboles que hay en el Paraíso, si comemos; mas del fruto de aquel árbol que está en medio del Paraíso, mandónos Dios que no comiésemos ni le tocásemos siquiera, no sea que muramos.”

“Dijo entonces la serpiente á la mujer: *ciertamente que no moriréis.*”

“Sabe Dios que en cualquier tiempo que comiéreis de él, se abrirán vuestros ojos: y seréis como dioses conocedores del bien y del mal.”

“Vió, pues, la mujer que el fruto de aquel árbol era bueno para comer y bello á los ojos, y de aspecto deleitable: y cogió del fruto y comióle; dió también de él á su marido, el cual comió.”

La ley quedó plena y deliberadamente infringida.

El relato bíblico, tan breve como terrible, es todo un drama que es necesario seguir desde los cielos hasta la tierra.

“Este rincón del Universo, dice el P. Monsabré, que fué la cuna de la humanidad, no es más que un segundo teatro á donde se traslada una revolución ya comenzada.”

Tiene su prólogo, su acción y su desenlace, el grande y triste drama de la primera caída del hombre.

El ángel de las tinieblas inicia la tentación, Adán y Eva luchan, la culpa es el triste desenlace, la pena fulminada por un legislador supremo

se hace sentir, el primer pecado se comete en el mundo.

El racionalismo moderno, renovando el error de los Epicúreos y de los Saduceos, niega la existencia de los espíritus superiores.

No quiere ver en los buenos ángeles más que la personificación del bien, y en los demonios la personificación del mal.

Satán es un ser de pura fantasía, una figura simbólica, de la que se ha servido la imaginación de los pueblos para pintar el mal como ella lo veía.

Así se expresa Renán.

Becker, ministro protestante, ha emprendido demostrar que los espíritus no pueden obrar sobre los cuerpos, que todo lo que se dice de sus apariciones, operaciones y posesiones está inventado por la imaginación y delirio, ó por la impostura que se propone engañar á la ignorancia.

El demonio, según él, después de su caída, está encerrado en los infiernos de donde no puede salir para atormentar ó tentar á los hombres.

La tentación del Paraíso, en consecuencia, es en su concepto, una pura fábula.

Queda, pues, de este modo, por un medio sen-

cillo, como es negarlo todo, desconocida la existencia de los ángeles y el poder de los ángeles malos para corromper y tentar al hombre, y queda así negado el prólogo del drama que estamos estudiando.

Otros niegan la acción del drama.

Era costumbre de los sabios orientales, dicen algunos comentadores de la Escritura Santa, enseñar la verdad bajo figuras.

Es para ellos, de consiguiente, una alegoría lo que el Génesis dice sobre el Paraíso y la tentación de nuestros primeros padres.

“¿Quién puede creer, dice Orígenes, que Dios como un jardinero plantara un jardín, que allí pusiese de veras un árbol de vida, que comiendo su fruto pudiera adquirirse el conocimiento del bien y del mal, que se paseara en este jardín y que Adán para esconderse de sus miradas se hubiera ocultado?”

No puede, en consecuencia, dudarse, que todas estas cosas deben tomarse como una figura y no á la letra.

Philon, exponiendo la doctrina de los Esenios, dice que el Eden es un jardín espiritual, Adán es el espíritu, Eva la carne, la serpiente el deleite.

“Por la carne, el placer de los sentidos engaña al espíritu, el hombre se hizo criminal y perdió su inocencia y su felicidad.”

Otros, á quienes hace sonreír el relato bíblico, han encontrado la interpretación de esa página, que es en su concepto la verdadera.

“Nada de serpiente, dicen, nada de árboles, nada de diálogos, nada de promesas, nada de seducción. El objeto de la prueba era sencillamente la privación de relaciones sexuales entre el marido y la mujer durante cierto período de tiempo.”

“El mal pensamiento de adelantar el tiempo fijado por Dios, se deslizó en Eva, como una serpiente, sedujo á su marido y la desobediencia quedó consumanda: He ahí todo el misterio.”

Así obra siempre la incredulidad, así se maneja siempre el error: negar é inventar fábulas; he ahí su sistema.

Los detalles del relato bíblico son de tal manera precisos que es imposible no ver en cada uno de ellos una realidad.

Vamos á estudiarlos.

LOS ANGELES.

El drama de la caída, como decíamos en el precedente artículo, tiene su prólogo.

La primera rebelión fué la de los ángeles, y se trasladó después á un teatro diverso, á la tierra.

En el Edén, el ángel prevaricador inició la tentación, y en ella cayeron los jefes de la raza humana.

Pero ¿qué es verdad que existen los ángeles? ¿Hay otro mundo invisible en el que moran puros espíritus conocidos con ese nombre?

¿No son, por ventura, los ángeles unos sueños de nuestra imaginación, un elemento de que se sirve la fantasía para poetizar la ciencia?

El gran símbolo católico, responde á esta pregunta.

“Creo en un solo Dios, dice el Símbolo, Padre Omnipotente, creador de las cosas visibles é invisibles, *factorem visibilium et invisibilium.*”

La Iglesia, en esta fórmula divina, propone á nuestra fe la creencia en el mundo invisible: ba-